



Francisco Ayala (Granada, 1906 – Madrid, 2009).
Fundación Francisco Ayala



María Zambrano (Vélez Málaga, 1904 – Madrid, 1991).
Fundación María Zambrano.

La ambigüedad cervantina en Francisco Ayala y en María Zambrano

RICARDO TEJADA
Université du Maine, Labo 3L.AM
(Le Mans, Francia)

Las lecturas de Francisco Ayala y de María Zambrano de la obra de Cervantes son tributarias, en cierto sentido, de las de Ortega y Gasset y Unamuno. No obstante, su originalidad estriba en inscribirlas en problemáticas históricas y ontológicas que el exilio de ambos hizo posible en cierta manera. También se sostiene en este artículo que la presencia de Cervantes tanto en Ayala como en Zambrano es determinante tanto en su evolución intelectual como en su visión global del mundo. Veremos cómo, pese a la gran distancia que separa a estas dos grandes figuras del exilio republicano, se puede hacerles hablar entre ellos y extraer de sus dos planteamientos muy diferentes un punto de convergencia inesperado: la ambigüedad de la novela cervantina y, por ende, la de la libertad humana.

Muchos podrán pensar que entre María Zambrano y Francisco Ayala no hay (casi) nada en común. Con razón o sin ella, la crítica en torno a un autor termina por simpatizar con aquellos escritores que amó éste y termina por olvidar, subestimar o, incluso, menospreciar, aquellos intelectuales que despreció, minusvaloró o sencillamente ignoró dicho autor. A veces el porqué de esta depreciación o minusvaloración radica en razones profundas, en visiones sobre el mundo, claramente contrapuestas o incompatibles. Otras veces, pueden ser atribuibles estos rechazos a desencuentros personales o a razones políticas. Ejemplos en la mente del lector puede haber muchos.

Si pensamos en Zambrano y en Ayala, da la impresión de que todo les aleja, si olvidamos –claro está– que son españoles, nacidos en Andalucía, para más señas, a principios del siglo XX, y que tuvieron que

exiliarse de España debido a su apoyo a la causa republicana¹. En primer lugar, su actitud inicial ante las vanguardias artísticas, favorable en el caso del escritor granadino, más bien desfavorable en el caso de la filósofa veleña, en especial en la década de los treinta. Ayala escribió una serie de novelas y relatos cortos en los años veinte que lo hicieron merecedor de ser considerado un escritor perteneciente al grupo orteguiano de la llamada novela "deshumanizada" (Vázquez Medel 1998). Zambrano se unió a aquellos autores que, como Díaz Fernández, propugnaban una rehumanización del arte a fines de esa década². En segundo lugar, su comportamiento ante la Guerra Civil fue muy distinto, no por razones políticas, sino más bien por talentos diferentes. Mientras Zambrano regresó de Chile para retomar el combate a favor del pueblo español y se comprometió activamente en revistas como *Hora de España*, transidas de hálito romántico y de mística prorrepública, Ayala pasó buena parte de la Guerra Civil, en la Embajada española de Praga, colaborando en el envío de aviones extranjeros al Ejército legítimo, con lo que actuó sobre todo con un sentido del deber ciudadano, teñido de no pocos remordimientos morales, y no tanto como escritor comprometido con su pueblo. En tercer lugar, mientras Zambrano hizo suya la experiencia del exilio, interiorizándola en lo más profundo de su ser, tematizándola en términos metafísicos y reconociéndose como siempre exiliada hasta incluso después de su regreso, Ayala no sólo se desdijo de su participación en las vanguardias, sino que además

1 Zambrano y Ayala se conocieron antes de la Guerra Civil, en la tertulia de Ortega y Gasset y, décadas más tarde, se volvieron a ver en Roma. No parece haber habido entre ellos mucha sintonía, en especial, en este último encuentro. Creo que para bastantes zambranianos, y sobre todo zambranianas, la primera mención de Ayala a la pensadora rezuma bastante machismo, en particular, la referencia a sus "piernas muy bonitas", máxime, cuando al hablar de Rosa Chacel subraya de ésta sus "páginas exquisitas" (Ayala 2001: 98). La segunda referencia de Ayala es mucho más dura porque califica su actitud, en el encuentro de Roma, de agresiva (para con Max Aub) y habla de su "intemperancia", *op. cit.*, p. 408. Jesús Moreno Sanz, en la cronología de las *Obras Completas* de María Zambrano, afirma que no se entendían entre ellos, (Zambrano 2014: 93). Y, líneas más tarde, refiriéndose al encuentro de Roma, justifica el, al parecer, enfado de María debido a que hacía poco Max Aub había publicado una novela, *La calle de Valverde*, en la que involucraba a la familia Zambrano y trataba de una manera sumamente "cruel" a su hermana, Araceli Zambrano. No hay, que yo sepa, ninguna referencia o alusión a Ayala en toda la obra de Zambrano.

2 "El nuevo romanticismo", (1930), en *Prosas* 2006.

banalizó, para unos, o para otros, quitó relumbrón a la condición de exiliado, expresando siempre su deseo, desde su progresiva instalación en España, de insertarse en la corriente global de la literatura del interior. El apego o desapego respecto al exilio pudo, tal vez, tener consecuencias en su actitud política ante la actual monarquía, bastante más benévola en el caso de Ayala que en el de la autora de *El hombre y lo divino*. En cuarto lugar, Zambrano fue una ensayista y filósofa, mientras que Ayala, además de ser sobre todo novelista, ejerció como teórico constitucionalista, sociólogo y cultivó durante toda su vida el ensayo, el único género que cultivaron ambos.

Sin embargo, podemos encontrar entre ellos un punto en común: su compartida admiración y respeto intelectual hacia José Ortega y Gasset (Ayala 1975; Ayala 2006; Zambrano 2008). Lo escucharon y lo trataron personalmente, ella en las aulas, él en la tertulia de *Revista de Occidente*. En ambos hay, en efecto, indudablemente una impronta orteguiana, pero ¡qué distinta! Mientras que Zambrano se siente atraída, sobre todo, por *Meditaciones del Quijote* y el proyecto de "razón troncado, de "razón vital", a Ayala le interesa sobremanera la teoría política orteguiana en torno a la rebelión de las masas, que, no obstante, no comparte totalmente, y, en general el proyecto de "razón histórica". Mientras que en Zambrano la vida, como realidad radical, que diría don José, se hunde en las entrañas y en territorios lindantes con la muerte y el silencio, en Ayala la vida se multiplica en perspectivas disímiles.

1. Ortega y Unamuno: ¿maestros cervantinos de Ayala y de Zambrano?

Esta última divergencia en lo que se refiere a Ortega que ellos afeccionan redonda también en otra divergencia, cual es, la lectura que ambos hacen de Cervantes (referente fundamental para ambos) y, en particular, de su obra maestra, *Don Quijote de la Mancha*. Cuando Zambrano mencione al escritor alcalaíno, lo hará casi siempre hablando del *Quijote* y casi nunca de otros libros suyos, como las *Novelas ejemplares* o el *Persiles*. Por el contrario, cuando Ayala tenga su mirada crítica en la obra cervantina, hablará en bastantes ocasiones de las *Novelas ejemplares* y, lo que es, si cabe, más significativo, de las pequeñas novelas intercaladas dentro del *Quijote*. Zam-

brano parece ver el Quijote como un enigma de la cultura española y Ayala más bien como una cumbre de la técnica narrativa. Habrá que matizar esto.

Estas diferencias no pueden reducirse todas a una especie de deformación profesional, por así decirlo, que haría a cada uno ver la obra cervantina según su oficio u ocupación más frecuente. En realidad, puede dar la impresión de que ambos exiliados parecen encomendar su lectura al marco interpretativo de sus respectivos referentes cervantinos: Unamuno para el caso de Zambrano y Ortega para el caso de Ayala. Veremos que esto habrá que matizarlo con mucho cuidado pues tal vez no sea del todo cierto en la década de los cuarenta.

En efecto, el libro del escritor vasco tiene todas las características de una reivindicación total de la figura del Quijote, de su figura humana, de sus deseos y sueños; es un Quijote casi cristológico, que encarna de manera ostentosa el deseo de inmortalidad del propio autor y la voluntad de regeneración moral de España³; es, además, una figura invasiva, lo que significa, en primer lugar, que su focalización exclusiva deja de lado toda la riqueza de la novela y, en segundo lugar, que la asunción de sus valores, fagocitados o, incluso, inyectados por los propios del autor, Unamuno, entraña la casi exclusión de los valores de los demás personajes, en especial, de su fiel escudero, Sancho Panza. Sólo cuando su aguerrido acompañante de fatigas asume el *etbos* de su hidalgo manchego y muera éste, Unamuno lo adoptará como suyo. “Sancho –dice el filósofo vasco–, que no ha muerto, es el heredero de tu espíritu” (...) “Es el que ha de asentar para siempre el quijotismo sobre la tierra de los hombres. Cuando tu fiel Sancho, noble Caballero, monte en tu Rocinante, revestido de tus armas y abrazando tu lanza, entonces resucitarás en él, y entonces se realizará tu *ensueño*” (Unamuno 1988: 515-516. Subrayado nuestro)⁴. Para

3 Como lo dice pertinentemente Fernando Pérez-Borbujo (2010: 107) “la ejemplaridad moral del *Quijote*, fuertemente enfatizada por Unamuno, quiere salvar al hombre no por su conocimiento sino por la determinación intrínseca de su voluntad, de su querer. En este divorcio entre inteligencia y voluntad se mostraría, según la interpretación unamuniana, la radical modernidad del *Quijote*. Este rasgo refleja la clara herencia de la metafísica de la voluntad del siglo XIX en la interpretación unamuniana del *Quijote*, fuente de su grandeza, pero también uno de sus mayores defectos”.

4 Jon Juaristi, en su último libro, señala que el pueblo intrahistórico, objetivo de la predicación de Unamuno-*Quijote*, está “simbolizado por Sancho”. (Juaristi 2012: 286, 284-287).

Unamuno, había que “rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón”. Y llega a considerar que Don Quijote fue el “fundador” y el “profeta” de una “nueva religión”, no Cervantes (Unamuno 1988: 142-143)⁵. Este planteamiento conduce al autor a una verdadera mitificación exaltada del personaje, en detrimento de la obra y de la valía del propio Cervantes, a un marcado unilateralismo y, por ende, a un sesgo arbitrario en su visión. No obstante, la peculiar lectura de Unamuno tuvo la virtud de no dejar indiferente a nadie, dada la radicalidad de sus planteamientos y la indudable vivificación del libro, lastrado en España de farragosa y aburrida erudición libresca.

En cuanto salió el libro de Unamuno en 1905, Ortega y Gasset lo leyó. Su impresión, pese a una óptica suya también idealista en su lectura de la obra cervantina, fue profundamente negativa. En carta a Navarro Ledesma, le dice que “que [Unamuno] ha tenido el secreto de hacer sobre el libro más simpático (en sentido científico) del universo, el libro más antipático y repelente de la tierra”. Además, “ha confundido el héroe (...) con el energúmeno”, ha supuesto que “sólo mueve al hombre el ansia de gloria” y ha desconsiderado a Cervantes, cuando no hay obra que “sea más obra y carne y sangre de su autor que ésta” (Cerezo 2005: 14)⁶.

Meditaciones del Quijote, el primer libro de Ortega, da, en cierto sentido, aunque parte ya de otras premisas, una serie de respuestas a esta peliaguda interrogación. Para el filósofo madrileño, “el *Quijote* es un equívoco” (Ortega y Gasset 2004: 790, epígrafe 13 “Integración”). Es un equívoco porque, por un lado, es una “selva ideal” (Ortega y Gasset 2004: 770, epígrafe 5 “Restauración y erudición”), un bosque de significaciones y alusiones, de escenas y personajes donde manda la profundidad y, en consecuencia, la multiplicidad de perspectivas, pero, por otro lado, mantiene cierto apego a la cultura mediterránea, a la que Ortega reprocha apegarse demasiado a las impresiones y no ascender a la idealidad, seguridad y firmeza del concepto. La profundidad facilita la “pedagogía de la alusión” (Ortega y Gasset 2004: 768, epígrafe 4 “Trasmundos”), algo que Ortega valora mucho, en particular

5 Estas citas están entresacadas del ensayo “El sepulcro de Don Quijote”, de 1906, que Unamuno antepuso a la edición ulterior, de 1914, de este libro.

6 *Ibid.*, epígrafe 10, “Poesía y realidad”, p. 810. Sobre esta cuestión consúltese el libro ya clásico de Pedro Cerezo, *La voluntad de aventura*, Barcelona, Ariel, 1984.

en lo que se refiere al ensayo como género, y es, así mismo, la vía real para adentrarnos en los meandros de la cultura, en esos “planos de realidad” que nos llevan a “la ciencia, el arte, la justicia”, etc. (Ortega y Gasset 2004: 769). Ahora bien, para Ortega el impresionismo mediterráneo mantiene todavía cierto magnetismo en el *Quijote* porque el libro presenta una “potencia de visualidad” literalmente “incomparable” de tal forma que, si la confrontamos con la obra de Goethe, el mundo se presenta de una manera inmediata (Ortega y Gasset 2004: 779, epígrafe 8 “La pantera o del sensualismo”). Ofrece así un sinnúmero de “alusiones simbólicas al sentido universal de la vida” y, sin embargo, “no existe libro alguno en que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia intervención” (Ortega y Gasset 2004: 790, epígrafe n° 13 “Integración”).

Cuando Ortega trate la novela del *Quijote*, en comparación con la épica, en la “Meditación primera” del mismo libro, focalizará su atención, por primera vez, en su personaje principal. El Quijote está dotado de una voluntad, una “voluntad de la aventura”, mientras que el personaje épico hace las cosas⁷. Es un héroe porque quiere ser él mismo. De ahí que el carácter trágico del protagonista de una novela no derive de los resultados de las acciones en hombres de carne y hueso, sino de que quieren. Es la voluntad el tema trágico, lo que plantea problemas en una época —dice él— “determinista y darwiniana”, como la del inicio del siglo XX (Ortega y Gasset 2004: 818, epígrafe n° 17 “La tragedia”).

¿Hasta qué punto Ayala y Zambrano siguen fieles a las interpretaciones cervantinas realizadas por Unamuno y Ortega? Como discípulos que son de Ortega o, más bien, en el caso de Ayala, seguidores de él, tanto el granadino como la veleña son, en cierto sentido, más bien críticos o, cuando menos algo distantes, con respecto a Unamuno y parecen inclinarse, más bien, por la lectura de Ortega. Es, en buena medida, el caso de Ayala, pero no tanto el de Zambrano, como veremos al final del artículo⁸. Veamos. En un texto inédito, probablemente de

7 Ibid., epígrafe 17, “La tragedia”, p. 818. Sobre la cuestión del héroe, consúltese el clarificador artículo de José Lasaga (Lasaga 2005: 39-60). No podemos dar cuenta aquí de la distinción oportuna que establece entre dos tipos de héroes en Ortega, debido a la falta de espacio.

8 Zambrano proyectaba escribir un libro sobre Cervantes, como lo demuestra el índice del manuscrito 444. En éste, sólo la palabra “clásico”, repetida dos veces, muestra su filiación, de alguna manera, con la lectura orteguiana del *Quijote*.

los años 40, María Zambrano trata de manera monográfica de la *Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno, calificándolo de guía, género que ella estaba comenzando a tematizar por esos años¹⁰. Según ella, la guía se caracterizaría por ser una especie de carta íntima dirigida al lector de tal forma que éste se siente conducido por el libro en su vida particular. Es un género típico español a mitad de camino entre la confesión y el tratado moral y en el que se situarían la *Guía de los perplejos* de Maimónides, el tratado de Quevedo, *De la cuna a la sepultura* y, precisamente, los dos libros de Ortega y de Unamuno dedicados al *Quijote*, entre otros.

Esta adscripción al género guía nos permite comprender que para la filósofa española estos dos libros no son interpretaciones más o menos académicas ni libros con pretensiones cognoscitivas o científicas sino invitaciones morales a proseguir un camino iniciado, lo que si en el caso de Unamuno es casi evidente, en el de Ortega plantea problemas aunque no sea totalmente erróneo. Para Zambrano, Unamuno extrae el personaje del Quijote del mundo de la novela para trasplantarlo al de la tragedia de manera que si en la primera la ironía y la misericordia son primordiales, en la tragedia no lo son¹¹. El procedimiento por el cual transforma al protagonista en personaje de tragedia es creando un “ámbito propio”, un “espacio vital del que él sería el centro”. Sancho desempeñaría así el papel de coro, cual obra de Sófocles. Y, como en toda tragedia antigua, el personaje principal aceptaría la muerte “como la perfección”. Al convertirlo en personaje de tragedia, “le salva de la ambigüedad”¹². Llega así hasta cambiar “el género de supervivencia de Don Quijote que si recibió de Cervantes la inmortalidad asciende arrebatado por la pasión de Unamuno a la vida eterna. Y con ello la

10 “La ‘Guía’, forma parte del pensamiento” *Revista de las Indias*, Bogotá, n° 56, 1943, pp. 151-176, en el que figuraba una nota en la que se decía: “Introducción del libro ‘Las Guías Españolas’”. Años después pasó a formar parte del libro *Hacia un saber sobre el alma*, en sus dos ediciones de Losada, Buenos Aires, 1950: 50-70, y Alianza Editorial, Madrid, 1987: p. 59-81.

11 Recordemos que Zambrano considera a Unamuno un autor trágico. “No es un filósofo”, sino “un poeta trágico”. (Zambrano 2003: 81 y 161). José Ángel Ascunce, (Ascunce 2005: 66-77) en su brillante trabajo, *El Quijote como tragedia y la tragedia de don Quijote*, sostiene que la obra maestra de Cervantes es una “narración trágica”, sin negar por ello los elementos cómicos y paródicos. También reivindica su “dimensión reflexiva y crítica”.

12 Subrayado del autor de estas líneas.

ambigüedad es vencida por completo” y sustituye ella este último verbo en el manuscrito por “se desvanece”¹³.

Pero toda esta transformación en personaje de tragedia le parece insuficiente a Zambrano pues lo que enuncia Unamuno, a través de su otro-yo, de su alter-ego transustanciado, el Quijote, no se realiza. La única realización que se nos propone en el camino es la locura quijotesca. Y concluye afirmando, de una manera, por cierto, bastante orteguiana, que es una “guía de la locura, *Guía* para naufragar y no para salir del naufragio, para ser perplejos y no para salir de la perplejidad. *Guía* para perderse y no para encontrarse”¹⁴. En otro texto inédito, no recogido en libro, Zambrano reprocha a Unamuno sus celos de Cervantes, “celos de evangelista”, el “desdén” con que lo trata, lo cual se explica, según ella, por las ganas que hubiera tenido el escritor vasco de crear por sí solo el personaje inmortal de Cervantes¹⁵. Y en este mismo manuscrito, Zambrano apunta una observación crítica: “Lo curioso es que Don Miguel que tanto reniega de la abstracción y del esquematismo racional, esquematiza de manera prodigiosa el complejísimo personaje. Y así resbala, por ejemplo, sobre los mil matices de la duda”¹⁶.

A Ayala el libro de Unamuno sobre –y desde– el Quijote no parece interesarle tanto como a Zambrano. Su rechazo de los presupuestos del libro no parece exigirle muchas explicaciones. Desde el primer artículo suyo sobre Cervantes, califica de “adoración”, o lo que es lo mismo “forma de la egolatría”, la operación unamuniana de

¹³ Se trata del manuscrito 303, titulado “La liberación de Don Quijote” (1947), p. 5. En *Revista de Educación*, Madrid, 2004, número extraordinario, págs. 105-110; también en (Zambrano, 2005: 173-188).

¹⁴ “La Guía de Unamuno...”, *op. cit.*, p. 126. Recordemos el papel crucial de la metáfora-idea del naufragio en Ortega. Permisaseme remitir a los artículos del autor de estas líneas: (Tejada 2003 y Tejada 2004).

¹⁵ M-436, pp. 2-3. Son diez folios con el título de “La Guía” y añadido con lápiz: “1. Historia. 2. Voluntad”. El manuscrito se puede consultar en la Fundación Zambrano, en Vélez-Málaga.

¹⁶ M-436, p. 6 aunque el folio es el número 7. Y en el M-265, dedicado a Unamuno, Zambrano abunda en este reproche: “Unamuno ha realizado en su esquematización trágica del libro de Cervantes, una operación de abstracción. Extrae el personaje de los caminos por los que andará; le separa contraponiéndole a los demás personajes que pueblan el libro. Y lo que es todavía más grave: borra o desconoce todos los matices finisimos de la duda que Cervantes, con tanta sutileza, ha señalado”, p. 72.

absorción del Quijote. Años más tarde, se muestra un poco más comprensivo porque sitúa históricamente el libro de Unamuno de 1905 en un contexto en el que se ensalzaba hasta la saciedad a Cervantes. Su reivindicación exaltada del Quijote, “contra Cervantes”, hace de éste un “pobre hombre” que habría transmitido, casi sin quererlo, una “significación trascendente”. De ahí una actitud más propia de la órbita religiosa que de la literaria con *El Quijote* pues se adora en él un “misterio” y una visión, en el fondo, casticista, nacionalista. En efecto, Unamuno interpreta al hidalgo inmortal “como cifra del ser y destino de España” por lo que sería una “manifestación histórica de la eternidad”¹⁷.

Pasemos ahora a la lectura que hacen ambos autores exiliados de *Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset. Para Zambrano, como hemos dicho anteriormente, el primer libro de su maestro es fundamental¹⁸. Siempre será, de un modo o de otro, un norte para ella. En “La ambigüedad de Don Quijote”, artículo del 47 afirma lo siguiente:

El intento de Ortega en sus *Meditaciones del Quijote* es tan contrario como es posible pensar de la hazaña unamunescas. La mirada de Ortega no se dirige directamente al personaje sino al libro todo; es el libro, la novela, lo que le interesa, y, a través de él, su autor. Es el secreto de Cervantes lo que quiere sorprender, y, con él, el enigma del libro único. Y en consecuencia, lo que Ortega se dispone a realizar, no es el rescate del personaje, sino un acercamiento a la mirada del autor y aun al lugar, al centro del que esta mirada nace. La disolución de la ambigüedad, según se desprende de toda la obra de Ortega, se logra sólo por el conocimiento. Es el pensar lo que resuelve la ambigüedad congénita de toda revelación mitológica y figurativa; el pensamiento desencanta el mundo que rodea al héroe, extrayendo de su presencia y de su imagen la razón encubierta en ella¹⁹.

¹⁷ “Notas sobre un destino y un héroe”, *La Nación*, Buenos Aires, 1940 y “La invención del Quijote”, *Realidad*, Buenos Aires, 1947, recogidos en Ayala 2004: 48 y 95-97.

¹⁸ Me permito remitir a la introducción que realicé para los *Escritos sobre Ortega* titulada: “Zambrano y Ortega: más allá del magisterio y de la herencia”, (Zambrano 2008: 9-59).

¹⁹ Subrayado del autor de estas líneas. En *España, sueño y verdad*, recogido en Zambrano: 2011: 699. Para los que no tengan esta edición, se encuentra también en *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994, p. 34. Y añade líneas más tarde:

Varias observaciones se pueden entresacar de esta cita que condensa toda su posición al respecto. En primer lugar, Zambrano no para mientes en aquello que pudieran compartir tanto la lectura orteguiana como la unamuniana, razón por la cual se puede deducir que el idealismo metafísico en el modo de leer la obra maestra de Cervantes se mantendrá con ella. Puede que sean lecturas opuestas, como sostiene ella, pero, a veces, los opuestos se tocan por sus lados. En segundo lugar, detecta enseguida que la mirada de Ortega se dirige a la integralidad del libro, de la novela, pero, según ella, traslada el enigma del Quijote al enigma del libro. El juicio de Zambrano es pertinente. Otro asunto es que ella haya podido salir del magnetismo de ambos enigmas en su propia lectura. En tercer lugar, incide en la cuestión del "centro". Lo decisivo en Ortega no es el centro del protagonista de la novela, sino el centro de la mirada del autor. En cuarto y último lugar, Zambrano señala que Ortega despeja también la ambigüedad de la obra cervantina, pero no por medio de la tragedia, sino por medio del conocimiento, del pensamiento. De este punto, se puede sacar la conclusión provisional de que ella no está conforme con disolver la ambigüedad. Pero dos preguntas salen al paso: ¿Serviría de algo preservarla? ¿Logra no disolverla en su propia lectura?

Zambrano, en otro artículo de la misma fecha, en "La ambigüedad de Cervantes", parece inclinarse más en favor de Ortega que de Unamuno: "Ortega nos propone "razones de amor", lo cual se aviene a nuestro parecer, más con nuestro libro sagrado que la fe voluntariosa de Unamuno, pues *El Quijote* es un libro de conocimiento, una mirada reflexiva y un tanto irónica tal como conviene al ser que intenta conocerse: el hombre"²⁰. Da la impresión de que hay una contradicción

²⁰ *El Quijote* presenta una *revelación* poética, y Ortega nos propone más bien lo contrario: disolver esta figura casi mitológica de la conciencia, aclarar el *ensueño* de que es portadora; descifrar su enigma para extraer un proyecto de vida, vale decir: una ética". Subrayados del autor de estas líneas. Se ve en negativo, como en un molde, lo que ella quiere hacer, y que Ortega no hace: escuchar la revelación poética que nos ofrece el libro, no analizarlo, dejarnos llevar por su ensueño, sin aclararlo del todo.

²⁰ En *España, sueño y verdad*, recogido en *Zambrano 2011: 686* y en edición Siruela, p. 16. Sobre la cuestión del amor y de Dulcinea, tan importante, no podemos aquí hablar debido a su complejidad. Abellán ha sostenido que "el secreto de don Quijote está en Dulcinea", en *Abellán 2006: 123*. Para Zambrano, Dulcinea es también esencial en la novela. Ver "Lo que le sucedió a Cervantes: Dulcinea", en *Zambrano: 2011: 702-707*.

o, más probablemente, una vacilación en la evaluación que hace Zambrano del libro de su maestro, como si reconociese en *El Quijote* el valor del conocimiento, de la reflexión, de la ironía –el humor lo olvida– y al mismo tiempo considerase dicho utillaje nocivo para interpretarlo, como si viese en Ortega un amor *intellectualis* para con el libro cervantino, y prefiriese quedarse antes con el amor que con una comprensión intelectual que disolvería la ambigüedad antes mentada. Y es que si es un "libro sagrado" no puede ser abordado, si se es un creyente de su revelación, de manera exclusivamente intelectual o intelectual. Habrá que precisar esto.

En el caso de Ayala, la lectura de Ortega del *Quijote* es, a nuestro entender, mucho más determinante que en Zambrano en su manera de abordar la novela del alcaíno aunque –y ésta es la mayor paradoja– parezca costarle reconocer explícitamente su deuda. En variadas ocasiones, Ayala sostuvo que Cervantes multiplicó "los enfoques sobre su realidad", que utilizó, en especial en su obra cumbre, una "técnica de composición a partir de enfoques dispares y en principio incompatibles", y que había en ella una "pluralidad de perspectivas", pero en ninguno de estos momentos reconoció de dónde le venía su inspiración (Ayala 2004: 79, 228 y 240). Siempre que nombre a Ortega tenderá a subestimar su interpretación, sin mencionar de ningún modo su teoría del perspectivismo²¹. En 1965, por ejemplo, calificaba de "meros atisbos" las ideas presentes en *Meditaciones del Quijote*, añadiendo que habían "dejado huellas profundas para bien y para mal en la crítica subsiguiente". Y en su conversación con Víctor García de la Concha, de 1991, llegaba a decir que Ortega se colocaba "básicamente en la misma línea" que Unamuno, claro está, sin caer en las "exageraciones unamunianas" (Ayala 2004: 37). Esta amalgama un tanto sesgada, la apoyaba en su tesis de que ambas lecturas eran "resuelta y básicamente nacionalistas", reproche que hoy en día suele hacerse a numerosas obras de la generación del 98

²¹ Tampoco menciona la obra de Mijail Bajtin y su teoría sobre el polifonismo de la novela moderna, aunque hay que reconocer que las primeras traducciones de sus obras, en inglés y en español, fueron editadas en los años 70. Una explotación inteligente del perspectivismo –lo que él llama el "narrador paradójico"– en el análisis detallado de los diferentes narradores implicados en *El Quijote* se encuentra en el libro de José Ángel Ascunce, (Ascunce 2005: 157-281). Su libro es, en el fondo, una conciliación, con nuevas herramientas conceptuales y un uso adecuado de la crítica literaria contemporánea, de las visiones unamunianas y orteguianas, lo que demuestra la dificultad de asumir sólo una de estas o, aun más, ninguna de las dos.